

MANIFIESTO

MADERA

40 AÑOS, CAUSA ABIERTA

Según las reglas convencionales del Estado, 40 años son suficientes para olvidar la entraña de los movimientos que lo cuestionan, volver santos inofensivos a sus muertos y despojarlos de su pensamiento para guardarlos en un santoral escolar burócrata. Pero hay resistencias que lo refutan desde el fondo de la historia de su opresión: 500 años no han sido suficientes para domar la naturaleza indomable del espíritu indígena; casi 100 años no han borrado ni una letra del Plan de Ayala; las veredas de Francisco Villa siguen abiertas; y si más vida hubiera tenido, ciego y desde la cárcel del imperio, de la conciencia irredenta de Flores Magón todavía fluirían ríos de tinta roja contra la desigualdad.

Hoy se cumplen 40 años desde aquella mañana en que se produjo el asalto al cuartel de ciudad Madera, Chihuahua, defendido por los soldados del régimen, por parte del movimiento guerrillero formado por campesinos, estudiantes y maestros. En los días posteriores al acontecimiento se informó por todos los medios posibles que el ataque había sido organizado por un grupo de delincuentes, bandoleros comunes o, cuando más benigno el lenguaje, por "personas desesperadas y antisociales".

Hoy estamos aquí, al pie de la tumba de los revolucionarios caídos en combate, para proclamar una vez más la verdad social y política de aquellos hechos y demandar la plena reivindicación histórica de su razón que defendieron al máximo precio. El tiempo y la historia han demostrado que quienes ofrendaron su vida fueron personas honestas, útiles a la sociedad y, sobre todo, revolucionarios, que, como suele suceder en la historia, formaron un selecto grupo de personas que acudieron casi desarmados ante su destino, para sucumbir ante el sueño de crear un México mejor. Ellos fueron precursores del futuro.

Al paso de las décadas ya no podemos entenderlos solamente en la dimensión de un grupo guerrillero en combate. Ellos son ahora representantes de una nueva ética, de aquélla que trata de abrirse paso en medio de una sociedad que ha perdido muchos de los valores sociales de la justicia y la igualdad humanas. Esta moralidad significa principalmente la determinación firme de entregar la vida por una causa, al servicio de las nuevas generaciones. Llegar a entregar lo más valioso y sublime que tenemos es un concepto ético de alto grado revolucionario. Es la expresión superior en la escala humana. En la medida que los hombres y las mujeres dediquen esfuerzos para beneficio de la sociedad y de sus semejantes, en esa medida se manifiesta su calidad, el grado de humanismo que ha logrado alcanzar en una nueva moral que hermana a todos quienes han sucumbido en la defensa de sus ideales.

En estos cuarenta años sin ellos hemos aprendido a entender la verdadera dimensión de su entrega por las ideas que profesaron que los llevó a sacrificar todas las comodidades y a padecer en la sierra enormes carencias, para culminar la lucha en esta fosa que el sátrapa gobernante ordenó que fuera "común" para humillarlos, porque ignoraba que la vida comunitaria era su fuerza filosófica esencial, por lo que, ¡oh triste paradoja para el dictadorzuelo!, la pretendida humillación se convirtió en un perenne plantón de resistencia universal incommovible, que cada día se renueva como un manifiesto de vida por los desposeídos.

Así que estamos aquí para manifestar que la muerte de ellos, por más dolorosa que nos parezca y que lo sea, no fue históricamente en vano; ellos acudieron, jóvenes y puntuales, a la cita de un proceso de violencia y descomposición social y se convirtieron en el faro desde el cual se pudo apreciar la gravedad de la situación que estábamos viviendo los chihuahuenses y los mexicanos que dio legitimidad histórica a aquel grupo que optó libremente por la vía revolucionaria armada en aquel septiembre remoto.

El 23 de septiembre de 1965 en Madera abrió en el norte del país el camino a la crisis nacional que se expresó en el movimiento de 1968. Todos los acontecimientos posteriores en los que se incluye la lucha en las selvas de Guerrero, en la de Chiapas, en casi todas las ciudades del país, en los ejidos y escuelas, en la vida política, se pueden apreciar desde los dos grandes acontecimientos mencionados. Nuestro país y los sucesos que actualmente estamos presenciando no se pueden explicar sin esos dos grandes momentos, esas rupturas entre el pueblo y el Estado.

Refrendamos ahora la seguridad de que aquellos ideales que impulsaron a nuestros familiares, compañeros de lucha, maestros, compañeros de escuela tienen plena vigencia y lo tendrán mientras no se conquiste en este país la plena justicia social que fue la causa final por la que ellos lucharon. Tierra, educación, salud, respeto a las comunidades indígenas..., todo este programa aún moviliza a la sociedad y viene del fondo de la historia como una antorcha que en un momento dado fue tomada por las manos de los ocho combatientes que aquí murieron, de los cuatro sobrevivientes y de todos aquéllos que lucharon durante esa época contra la injusticia del régimen.

Es llegado el tiempo de volver a entender que la historia de la entidad y del país sigue siendo la constante lucha entre las clases sociales y es de nuevo el momento de comprender que el Movimiento de Madera respondió a causas económicas, políticas y sociales, que, aunadas al autoritarismo, fueron la razón de la decisión que asumieron los compañeros que aquí resisten y reclaman sin descanso. Basta de la historia como relato complaciente de acontecimientos. A cuarenta años, queda ya suficientemente claro que el movimiento de Madera es un trascendente acontecimiento histórico que vino a contradecir las inercias opresivas en el país y en nuestro estado y contribuyó enérgicamente a generar las grandes referencias que arrancaron la modernidad política en el país. Es, entonces, llegado el momento de atender al reclamo de este grupo de humanistas que yacen pero no consienten ninguna forma de olvido; que gritan comunitariamente en

silencio y exigen el otorgamiento *post mortem* de su legítima condición de beligerancia política como irrefutables transformadores sociales; es decir, como auténticos revolucionarios.

Cd. Madera, Chihuahua, a 23 de septiembre de 2005.

Comité *Primeros Vientos*